

Es indudable que el padre Juan Perez de Marchena, que fué el primero que en España acogió á Cristóbal Colon, le dió el primer aliento y el primer apoyo, le daría, desde lo alto de su azotea, su última mirada, y le enviaría su última oracion: llamaría tambien la bendicion del cielo sobre aquella empresa evidentemente inspirada por Dios, y que, en prueba de su filiacion sublime, llevó el más irrecusable carácter de lo prodigioso y de lo sobrenatural.

CAPÍTULO VII.

ACCIDENTE PREPARADO EN LA PINTA.—LLEGADA Á CANARIAS.—CARABELAS PORTUGUE-
SAS ENVIADAS CONTRA COLON.—PARTIDA DE LOS EXPEDICIONARIOS DE CANARIAS.—
PRIMERA OBSERVACION DE LA VARIACION DE LAS BRÚJULAS.—DESCUBRIMIENTO DE
LA DECLINACION MAGNÉTICA.—ASPECTOS NUEVOS DEL OCEANO.—PÁNICO DE LOS
MARINOS.—EL MAR DE YERBAS.—CONSPIRACION EN LAS TRES CARABELAS.—SUBLE-
VACION DE LAS TRES TRIPULACIONES.—FIRMEZA DE COLON.—PROSIGUE SU DER-
ROTA.—SU PREDICION DEL DESCUBRIMIENTO PARA LA NOCHE DEL VIÉRNES 12 DE
OCTUBRE DE 1492.

§ I.

Nunca se nos ha dado un relato completo de los incidentes de esta navegacion que han narrado diversos historiadores, ateniéndose exclusivamente á los extractos que el célebre Las Casas nos dió del diario de Colon que él tuvo á la vista. Por desgracia, si bien Las Casas estaba lleno de celo por la humanidad, no estaba dotado de sentimiento poético y era ajeno al hechizo de la contemplacion; así es que, so pretexto de abreviar lo que creyó difuso, ha quitado del diario de Colon aquellas súbitas emociones, aquellas impresiones ingenuamente descritas, cuyo interes seria hoy tan vivo. El virtuoso anciano no tuvo para nada en cuenta aquella lozania de sentimientos, aquel súbito esplendor de grandeza franca que vivificaban el estilo del contemplador de la Creacion. No recelaba Las Casas cuán importante era lo que sus abreviaciones ocultaban á la posteridad. Sólo nos ha trasmitido la sustancia técnica del diario de Colon, conservando apénas, mutilado y débil algo de su escrito. Sin embargo, con «la Historia del Almirante,» escrita por su propio hijo don Fernando Colon, con «la Crónica de las Indias,» por Gonzalo Fernández de Oviedo, del manuscrito del párroco de Los Palacios, de las «Décadas Oceánicas,» de Pedro Mártir de Anglería, de la «Coleccion de los viajes,» por Girolamo Benzoni, y apoyándonos en los historiadores reales de las Indias, Antonio de Herrera y Bautista Muñoz, podriamos llegar á reconstituir en su conjunto los pormenores de ese asombroso viaje.

Después de tres siglos y medio de experiencia y navegación, no es posible todavía engolfarse en el Atlántico á cien leguas más allá de las Azores, sin asombrarse de la audacia de aquél que fué el primero en lanzarse voluntariamente á aquellas latitudes.

Á la distancia en que nos hallamos ahora de aquel día memorable; cómo puede uno dejar de admirar todavía aquel valor superior y tranquilo, aquella voluntad avasalladora que debió hacer frente á lo invisible, triunfar de lo desconocido y formidable, dominar las ciegas preocupaciones de los pilotos y los irascibles terrores de los marineros; vencer las más terribles eventualidades y los fantasmas de la imaginación, no ménos peligrosos que los siniestros marítimos; desafiar la ciencia de la época, arrostrar los enemigos desconocidos, los monstruos marinos, toda criatura posible en el aire y en el agua, los abismos, las corrientes, las trombas, las calmas, el hambre, la muerte por sed! ¡Sólo un hombre osaba sondear, á pesar de los hombres, aquellos espacios temibles, que ninguna embarcación había surcado, y de donde no había vuelto ningun mortal si alguna vez la casualidad ó la resolución llevaron allá algun sér humano!

Nuestra humildad hallará el firme valor de narrar en prosa, pero de un modo claro y sucinto, esa heroica navegación cuya menor jornada eclipsa el esplendor mitológico de los Argonautas y de todas las expediciones marítimas de la antigüedad; esa tentativa católica en el Océano para promulgar el Evangelio en el resto de la familia humana esparcida allende los mares, esos dobles prodigios de la audacia y del genio que inspiraba la fé, dominando las contradicciones de la ciencia y los terrores contemporáneos, esas maravillas sin ejemplo que el arpa eólica ó la lira de acordes sublimes parecerían indignas de celebrar como merecen. Nosotros seguiremos atentos la estela de sus naves, fijos en los más pequeños detalles de esa navegación asombrosa, narrando sus días y sus noches con la sencillez de un libro de guindola.

§ II.

El viernes, 3 de agosto de 1492, después haber mandado Cristóbal Colon desplegar las velas EN NOMBRE DE JESUCRISTO, entró en su camarote construido en el castillo de popa, y tomando la pluma, comenzó su diario de bordo en nombre también de Nuestro Señor Jesucristo «IN NOMINE DOMINI NOSTRI JESU-CHRISTI, etc.»

Este prólogo, que ha llegado hasta nosotros completo, expone desde su principio, el carácter eminentemente cristiano de la empresa. El deseo de penetrar el espacio, la aspiración á evangelizar los pueblos que suponía en aquel ignorado terreno certificar por su conformidad de objeto que aquella expedición fué, ántes que todo, un gran acto de fe católica, y se entrevé la santa asociación que unía el pensamiento de Isabel á las esperanzas del piadoso navegante. Consigna Colon en primer lugar que después de haber terminado la guerra contra los moros y enarbolado la Cruz en las torres de la Alhambra, le envían los dos Reyes, llevados de su celo por la religión hácia las regiones de las Indias, para conocer á los príncipes y pueblos de aquellos países, y ver de qué manera se les podría convertir á nuestra fe santa. Termina esta introducción á su diario, diciendo que escribirá cada noche los acontecimientos del día, y cada día la navegación de la noche; que grabará en un mapa las aguas y tierras del grande Océano, y que alejará de sus párpados el sueño para dirigir la navegación, que ha de exigir grandes esfuerzos.

El primer día, impelidas las carabelas por favorable ventolina, tenían la proa al sud-oeste cuarto sud.

El día siguiente, sábado, todo continuó bien.

El domingo, 5 de agosto, anduvieron más de cuarenta leguas.

El lunes, refrescó sensiblemente la ventolina; muy pronto hizo la *Pinta* una señal de apuro; su timón se había dislocado, sus piezas se habían desensamblado. No pudiendo Colon remediar el accidente por causa de la marejada, se acercó no obstante á la carabela, según la costumbre de los almirantes de Castilla en casos semejantes. Reconoció en aquello una intriga de los propietarios del buque: Gómez Rascon y Cristóbal Quintero, que habían ensayado ya aquel mismo medio de retardar la partida, esperaban librarse de ella. El capitán Martín Alonso Pinzón mandó sujetar fuertemente con jarcias las piezas desmontadas, y se continuó navegando. El día siguiente engrosóse el mar, y el timón se dislocó otra vez. Se recompuso del mejor modo posible, é hicieron rumbo hácia Canarias. Los pilotos de las tres carabelas no estaban acordes respecto del derrotero que debían seguir, para llegar allá lo más pronto posible. Dijo Colon su parecer, enteramente opuesto á los suyos, y el buen éxito le dió la razón.

Llegaron de noche. El jefe mandó al capitán de la *Pinta* que se quedara en la Gran Canaria, mientras que él procuraría por sí mismo hallar un buque para reemplazarla. Habiendo inútilmente buscado y esperado por espacio de más de tres semanas, hizo reparar la *Pinta*, ponerle un timón nuevo, y cambiar por velas cuadradas el velamen triangular de la *Niña*. Después de haber renovado su provisión de agua, leña, y tomado víveres frescos, diéronse á la vela el jueves, 6 de setiembre. En aquel momento, un buque procedente de la isla de Hierro, puso en conocimiento del comandante que tres carabelas portuguesas cruzaban por aquellas

aguas para apresarle. La cólera del rey don Juan II, irritada por la negativa de Colon, le perseguía en el Océano. Para colmar la inquietud, una calma chicha le estacionaba en las aguas de la Gomera, á la vista del pico de Tenerife cuyas erupciones volcánicas espantaban á las tripulaciones.

Esta congojosa situacion duró desde el juéves por la mañana hasta el crepúsculo del sábado. Finalmente, aprovechando el primer momento que refrescó un poquito, avanzó algo y reconoció la última de las Canarias, la isla de Hierro, aquella precisamente donde le esperaban las carabelas portuguesas. «Hallábase pues, dice Washington Irving, muy cerca del peligro. Felizmente se levantó con el sol un poco de viento, rizáronse de nuevo las velas, y durante el dia se perdieron gradualmente en el horizonte las cimas de la isla de Hierro.» Desde el principio de esta asombrosa navegacion comprobamos, por las propias palabras de un escritor protestante, el primer auxilio que recibió de la Providencia su mensajero Cristóbal Colon. Pero este no fué el único. Dios no cesó de asistirle. Si nunca se trastornaron en favor suyo las ordinarias leyes de la naturaleza, con todo acudieron siempre en su socorro con milagrosa oportunidad las más afortunadas coincidencias.

§ III.

En este punto del Océano terminaban los conocimientos de los más hábiles marineros; los expedicionarios iban á entrar en las regiones de lo desconocido. Mientras que el corazon de Colon palpitaba de noble alegría, al lanzarse á unos mares que ningun hombre habia reconocido, las tripulaciones comenzaron á lamentarse despues de haber visto desaparecer las últimas cimas de la isla de Hierro. Los marineros se entristecian, porque perdían la esperanza de volver á ver á su patria. El Almirante se esforzó en tranquilizarles, y les habló de lo que podía tentar aquellos ánimos materiales y codiciosos, con lo que se animaron un poco. Sin embargo, por prudencia, á contar desde aquel día, escribió la ruta en dos libros distintos; marcando una distancia de convencion para los tripulantes, pero guardando para si solo la cifra verdadera. Temía alarmar á sus oficiales indicando una travesía demasiado larga: su prevision no se engañó.

Durante tres días y tres noches continuó navegando al sudoeste, corrigiendo frecuentemente el error de los timoneles cuya temerosa mano vacilaba en conservar la caña en una direccion tan manifiestamente opuesta á Europa. Con viento favorable media las movedizas llanuras de aquellos formidables espacios, y se alejaba siempre más del antiguo mundo. Mientras avanzaba de este modo hacia las

tierras desconocidas, todo el gozo que él experimentaba y toda la confianza que sentía convirtiase para las tripulaciones en amargura y secreta tristeza.

Mientras caminaban hacia el Oeste, comenzaba á dejarse sentir una notable diferencia en la claridad del día, el efecto de las lontananzas y el color de las aguas. Los cielos tambien parecian cambiar. Las constelaciones familiares á los marinos parecian alejarse, hundirse en el horizonte y desaparecer. Hasta la regularidad de la brújula hizo excepcion de sus invariables leyes.

El 13 de setiembre el genio de Colon sufrió una prueba cruel. Su atenta mirada sorprendió ántes que nadie el primer indicio de la desviacion de la aguja magnética. Desde el comienzo de la navegacion, aquella fué la primera vez que se hizo semejante observacion.

Colon vió que al anoecer en lugar de dirigirse la aguja imantada hacia la estrella polar, iba hacia al Noroeste, y que al día siguiente, al amanecer, el desvío era todavía más notable. De esta manera su único guía, la brújula, cuya sola infalibilidad tranquilizaba todavía un poco á los pilotos, comenzaba á engañarle, y se hallaba falto de todo apoyo de las ciencias. Guardóse muy bien el comandante de comunicar este espantoso descubrimiento á los oficiales de la expedicion, que ya comenzaban á entristecerse.

El viérnes, un presagio favorable para ánimos vulgares reanimó la esperanza de los marineros. La tripulacion de la *Niña* vió una golondrina de mar y un rabo de pico, las primeras aves que habian divisado desde la Gomera. La noche siguiente, pareció caer del cielo, á la distancia de unas cuatro leguas, un meteoro en forma de rama ignea; un bólido magnífico. Las tripulaciones se espantaron al verlo, Colon, al contrario, acostumbrado á contemplar la creacion, se maravillaba de ello. La expresion de su admiracion se revela por una palabra que hay en su diario.

El domingo, se levantaron de las aguas nubes y neblinas. Colon notó la suavidad de la temperatura, la transparencia de las aguas, la claridad del cielo más diáfano, algo de dulce y agradable olor marino. Á cierta distancia, la superficie del mar tomaba un color verde. Veíase la llanura azulada matizarse de yerbas, que parecian recién desgajadas de las rocas. Todos acogieron con alegría ese indicio de la proximidad de las tierras: pero el comandante no compartió su error, y dijo: «Calculo que la tierra firme está más léjos (1).» Un viento agradable impelia las embarcaciones; las corrientes favorecian la navegacion, la yerba se presentaba en gran cantidad, y sin embargo los tripulantes continuaban en su tristeza. Los pilotos se mostraban graves, y se miraban con siniestra taciturnidad.

1) Diario de Colon. «Porque la tierra firme hago más adelante.»—Domingo, 16 de setiembre.

No se quejaban, parecían querer ocultarse mutuamente la causa de su inquietud. Adivinóles el comandante su pensamiento: habían notado finalmente la desviación de la aguja magnética. Dióles entonces una explicación científica de aquel fenómeno la cual les tranquilizó por de pronto.

El 17 de setiembre llegaban ya á las aguas donde se hace sentir la deliciosa influencia tropical. «Experimentábase un verdadero placer en gozar de la hermosura de las mañanas, dice Las Casas; no les faltaba más que el canto de los ruiseñores. El tiempo era allí como en Andalucía el mes de abril.» El aire iba siendo cada vez mucho más templado.

§ IV.

Hacia aquella parte del globo cercana á las llanuras oceánicas, parece verificarse en el cielo como en el agua una misteriosa división cosmográfica; algo desconocido y no experimentado obra en el hombre. Preséntanse aspectos imponentes; se experimenta el lejano poder de las regiones ecuatoriales y los presagios del cielo austral.

Bajo aquellas majestuosas latitudes no cede el Océano á la tierra en cuanto á magnificencia. Espárcese una indecible suavidad en el aire, cuya diáfana pureza, impregnada de luz, hechiza la mirada que penetra á lo lejos. Desde que raya el día, los más delgados vapores toman múltiples colores, en los cuales domina el rosa; cuando las primeras brisas han ahuyentado aquella gasa flotante, y dejado al descubierto el vivo azul de los cielos, apoderándose rápidamente el sol del espacio, parece coronarse rey de lo visible por su esplendor supremo. Su luz irradia de lo alto del horizonte, y el Océano brilla bajo la proyección del rayo que refleja. El mar claro y transparente se llena de resplandores y se deja penetrar suavemente por ellos. Los más delicados matices del verde y los más fugitivos decrecimientos del azul varían las olas sobre las cuales flotan, acá y acullá, frescas estrias de ova y fuco flotante, ó bien criptógamos pelágicos, entre los que pasan á menudo moluscos raros, conchas, bandadas de medusas con visos de amatista.

La extremada transparencia del mar permite entrever los juegos, las luchas y á veces las emigraciones de los habitantes submarinos. Bandadas juguetonas ó medrosas de sargos de aletas azules se lanzan fuera de la superficie, y se zambullen otra vez, volviendo á salir más lejos, y dan brincos hasta sobre la cubierta, queriendo excederse unos á otros ú ocultarse á las manadas de marsuinos y atunes que les acechan por encima de las olas. La vista sigue á cierta profundidad ya los dorados suntuosamente engalanados de escamas tornasoladas, ya un enorme

cangrejo, una lija armada con su sierra, el espadarte pendenciero, tortugas extrañadas, ó un xifias despótico. Con más frecuencia, escoltado por sus tercos pilotos, anda de una á otra parte alrededor del buque un tiburón homicida. Á intervalos, la fragata de anchas aletas, las gaviotas, los damis, se apartan del horizonte, después vuelven, columpiándose en las aguas donde se zambullen rápidamente, remontándose luego con su presa por los aires.

Algunos días, empero, reina la soledad en el Océano; extiéndese el silencio, y pesa la inmovilidad en la inmensa extensión de la superficie líquida. Hasta donde alcanzan la vista y el oído, nada se mueve ni nada se oye. El aspecto de ese vasto reposo, lo absoluto de la calma, aquella imagen la más sensible de la grandeza, evocan lo infinito en el pensamiento. Desaparecen entonces de la memoria la magnificencia de los continentes, la soberbia elevación de las montañas, la belleza de los ríos, la riqueza de la vegetación, lo pintoresco de las perspectivas y la diversidad de los fenómenos terrestres. La sublimidad del Océano hace absorber la curiosidad del hombre y le excita al respeto.

Ni la misma noche, al cubrir con su negro velo tanta majestad, hace desaparecer su carácter: á la magnificencia del esplendor sucede la sublimidad del infinito. Apenas se extingue la ardiente lumbrera en poniente, se envuelve el mar en sombras y permanece mudo. Poquito á poco se va calmando su seno suavemente hinchado por las brisas vespertinas. Parece aquietarse y adormecerse. Muy pronto se refleja en sus profundidades el azul del firmamento; mientras que en su cúpula se encienden sucesivamente los lejanos soles de que sembró el espacio el Criador, y el horizonte, hasta su altura media, se adorna con los prestigios de la luz zodiacal, tan poco conocida en nuestra Europa.

La transparencia y tibia uniformidad de la atmósfera suavizan el centelleo de las estrellas que derraman una luz blanca pero tranquila en el límpido cristal del mar adormecido. La claridad del aire permite que aparezcan sus brillantes cohortes en número infinito. Á manera de torrente luminoso aparecen los astros de la vía láctea en los abismos de la bóveda celeste. De cuando en cuando parece cruzar el espacio algún sonido misterioso. El oído percibe vagos murmullos ó ruidos súbitos pero cortos: son bandadas lejanas de ballenas que van del círculo polar á los mares del ecuador, ó bien un espantoso cachalote que anda errante, triste y solitario, y resopla violentamente al lanzar sus columnas de agua. Otras veces pasan invisibles muy por encima de las embarcaciones bandadas de aves fatigadas y, al través de la oscuridad, lanzan algún grito para señalarse punto de reunión. Vagos olores llevados por las brisas, y que el fresco de la noche condensa, embargan el olfato con su aroma á veces balsámico.

Los fenómenos nocturnos del Océano tienen también sombría grandeza. Al brillante reflejo de los cielos añádense las fosforescencias, las iluminaciones